



PERIÓDICO LITERARIO,
ILUSTRADO.
—
ADMINISTRACION:
Plaza de la Universidad. 5

DIRECTOR: J FERNANDEZ DELA REGUERA.

NUESTRAS AGTRICES, POR ROSS.



MARIA TUBAU.



Lléveme el diablo—dije yo en cuanto oí hablar de la emperatriz Federico—si esta falta de concordancia gramatical no es precursora de otra falta de concordancia entre las naciones.

Y efectivamente, la estancia en París de la egregia señora ha hecho patente que la vengadora *revanche* continuando el tic nervioso de la fisonomía patriótica francesa y que todavía esperan nuestros vecinos un verdadero Mesías—no un Mesías falso, como Boulanger—que saque los batallones á los Vosgos y reivindique para el territorio galo la Alsacia y la Lorena.

Bajó la Bolsa, conmoviéronse los ánimos, se encampanó la Triple Alianza, creyóse que el firmamento se cuarteaba y que empezaban á temblar las esferas, pero la emperatriz miró al soslayo, fuése... y no hubo nada.

Cuando la Europa entera toda atribuye á la augusta viajera el motivo de tamaño trastorno, este humilde europeo se atreve á romper una lanza—no de hulano precisamente—en favor de dicha señora.

La defensa es sencilla. Si el emperador alemán tiene, como buen sordo, un carácter irascible y atrabiliario ¿cómo decir de su madre la emperatriz que es, en este asunto ni en ningún otro, la madre del cordero?

Pero los artistas son así, y los pintores parisienses han respondido que *nones* á la invitación de la egregia viuda, pensando quizá que los colores franceses no pueden llevarse á Berlín, porque son hoy por hoy los vivos colores de la vergüenza, largamente esfumados hasta caer en las pálidas tintas del odio.

La emperatriz se ha quedado, pues, sin los cuadros que esperaba y, lo que es peor, con algunos *marcos* de menos, porque no pocos habrá gastado en su viaje á París.

La pintura francesa no quiere ir «¡A Berlín!» como los *boulevardiers* desarrapados de 1870.

Pensando en la capital alemana, que no les hablen á los artistas franceses de más lienzos que los lienzos de muralla, de más toques que los toques de corneta ni de otros cuadros que los cuadros de infantería contra caballería.

Si Francia no quiere que Alemania se meta en dibujos ¿cómo ha de consentir que se meta en pinturas?

Bien claro se vé en los Salones de Mayo que el arte francés no ha olvidado la afrenta de su patria, porque buen golpe de cuadros allí expuestos tienen por asunto episodios de la guerra con el imperio.

—Es que el arte no tiene barreras—podrá decir algún alemán.

Y contestarían los franceses intransigentes y chauvinistas:

—Tampoco debe tener *burladeros*.

No hay que hacer al artetan independiente, porque si el sitio de París fué una mancha y el tratado de paz un borrón ¿quién, si no el arte, debe protestar de manchas y borrones?

Además, las obras francesas se alterarían notablemente en Alemania.

El oleo más hermoso de París resultaría, puesto en Berlín, una verdadera pintura al pastel.

—¿Por qué no acudís al arte de España, ó al de Austria, ó al de Italia?—le habrán dicho en París á la augusta peticionaria.

Y ésta ha podido responder:

—Porque Italia, España y Austria no tienen arte... ni parte.

Los pintores de allende el Bidasoa no han podido tomar más á pecho ese homenaje imperial rendido á sus facultades artísticas y á sus *chefs d'œuvre* pictóricos.

Momentos hubo en que creí buenamente que para vengarse del atrevimiento iban á decir los vecinos hijos de Apeles:

—¿Pintores queréis? Pues tomad pintores.

E iban á enviar á Alemania todo el gremio parisién de pintores de brocha gorda, no sólo para vengarse así del supuesto insulto, sino para que alguno de aquellos pusiera en las puertas de Berlín un insulto al emperador en letras gordas, como Hernando del Pulgar puso el *Ave Maria* en las puertas de la ciudad de Boabdil.

Afortunadamente, la indignación de los pinceles no ha pasado á mayores.

Por esta vez, la cordillera de los Vosgos ha dado más chasco que los *mons parturiens* del fabulista, porque no ha salido de ella ni siquiera el *ridiculus mus*.

Eso sí; la cosa está á punto de caramelo, la mina próxima á estallar, el vaso se desborda al menor empujón de cualquier potencia; pero creo, sin embargo, que podremos concluir tranquilos la Cuaresma y pasar, sosegadamente también, la Semana Santa.

Caso de venir la guerra, vendrá lo más pronto por la Pascua

ó por la Trinidad.

La compañía Arrendataria de Tabacos parece que ha resultado una nueva compañía de la alpargata.

Dícese que la cosa va mal, que el negocio está por los suelos y hasta se anunció una junta de accionistas, en la que se temió que no iban á quedar ni las colillas, es decir, ni los rabos.

La rescisión del contrato se impone.

Y yo pregunto: ¿De qué contrato se habla? Si es del celebrado con el Gobierno yo nada digo; pero ¿había algún otro contrato con los fumadores?

La verdad es que yo no tengo noticia de él, pero tampoco tuvo noticia nadie del *Contrato social* de Rousseau, y todo el mundo lo daba por cosa hecha.

Y en el caso de que ese contrato exista, me atrevo á decir en nombre de los fumadores que por nosotros queda el pacto deshecho y

sin ningún valor, no sólo por rescisión, sino por cuantos medios marca el Derecho para extinguir las obligaciones: *mutuo disenso*, remisión voluntaria, nulidad, juramento decisorio.... todos, en fin, menos la novación, porque

*no quiero más trato
con esa princesa,*

como dicen en el *Plato del día*.

Algunos tenedores de papel—ó dígame tenacillas, ya que se trata de papel de fumar—pensaron que la entrada del señor Jove y Hevia, vizconde de Campo Grande, en la dirección de la Compañía, aseguraba á ésta *campo grande* en que desarrollarse y medrar más que hasta la fecha, pero está visto que eso no lo arregla Jove ni el Olimpo entero.

Los estanqueros toman el cielo con las ma-

nos, porque comprenden que no van á ganar para rótulos. Cuando vino la Compañía, hubieron de borrar los llamativos colores nacionales para poner el kilométrico letrado, vigente en esta fecha.

«Compañía Arrendataria (¡cualquiera le arrienda la ganancia ahora!) de Tabacos.—Expendeduría.»

Y ahora, si la renta sigue bajando, quizá tengan que poner: «Ex-expendeduría.»

Me atrevo á hacer un ruego al Gobierno ó á la segunda compañía (primer batallón) que se encargue de este negocio de los humos de toda España (que no de Huelva sólo).

Y es que no toque á los estanqueros ni á las estanqueras, aunque esto último sea mucho pedir.

Conozco á una de ellas que, al mirarla detrás del mostrador, le preguntan los transeuntes si lo estancado es el tabaco ó es la sal.

LUIS ROYO VILLANOVA.

ESO DEL REGIONALISMO

Dicen por ahí de Pereda que con sus *Nubes de estío* levantó una polvareda de padre y muy señor mío, porque ha dado, y con razón, arrojándose á la liza, á la centralización literaria, una paliza.

Dicen que en Madrid se brama contra el que así les abruma —y que ha llenado de escama á muchos hombres de pluma— y que no falta escritor —¡mire usted que es grande esto!— que maldicen del autor que en las *Nubes* les ha puesto, ni falta ya quien replique á aquel gran *montañésuco*, al ver que es palo el *Palique* que se juzgará *paluco*.

Ya se amaña por ahí alguien, que en vano se amaña, por defender á *Madri*, que es el lupanar de España, y á ensalzarnos se apresura, con mucha formalidad, aquella literatura que es una asquerosidad.

Conste que es tiempo perdido el que invierta ese escritor, porque Madrid se ha caído, se ha caído, sí, señor. Ya los esfuerzos son vanos; ni le sacan de la escoria los insignes provincianos que quieren darle su gloria y allá se van á escribir, no porque bien les reporte, sino por poder decir:

«Esto se ha escrito en la corte.»

Resulta la obra en cuestión una joya verdadera; pero es que *sabe* á región y le entusiasma á cualquiera.

Con eso no se destruye un ataque al *centralismo*; con eso se contribuye al bien del regionalismo. Hablándonos de Sevilla, se le podría antojar á Rueda una maravilla en la corte publicar.

Fuera inútil el ardid y vano fuera el empeño. El libro nació en Madrid, pero ¿es libro madrileño?... La corte, desde el instante en que «bajaron al foso» aquel *Curioso parlante* y aquel don Ramón famoso, no ha conseguido tener lo que Andalucía en Rueda, y Cataluña en Oller y la Montaña en Pereda.

¿Por qué? La cosa es sencilla y no he de explicarla yo: ¡se modela con arcilla, pero con estiércol, no!... ¿Qué hay en Madrid? Mala fé... pasiones... en fin, basura... ¿Y de *eso* se quiere que salga una literatura?

Pues el que lo espere así sufrirá una decepción... ¡Ah! lo que sale de allí es muchísimo bribón... ¿Y qué artístico elemento nos ofrece el pueblo aquel?

Mezquindades á granel y suciedades sin cuento...

El odio, el crimen detrás, las más espantosas bregas, un argumento, á lo más, de novela por entregas...

¡Y de ensuciarnos se trata con cierta literatura, mala ó buena, que retrata á una sociedad impura, literatura que en pos corre de la porquería, siempre persiguiendo los éxitos de librería, que en sus peores aspectos lo que describe presenta, y que aumenta sus defectos, porque así la venta aumenta!

Siempre alguno suele haber, de los vicios adalid, que se lanza á defender lo que viene de Madrid, afirmando con simpleza, que Madrid es el dechado del gracejo, la agudeza, la gracia y el desenfado.

Bueno. Que no escriban jota los autores *regionales*, (por supuesto los de nota) en treinta meses cabales. Quién de leer tenga ganas, lea durante esos meses no más que obras cortesananas, de esas de plata Meneses. Pasado el plazo podrá esperar mejor lectura... ¡si no ha perecido ya la patria literatura!

FERNANDO SEGURA.



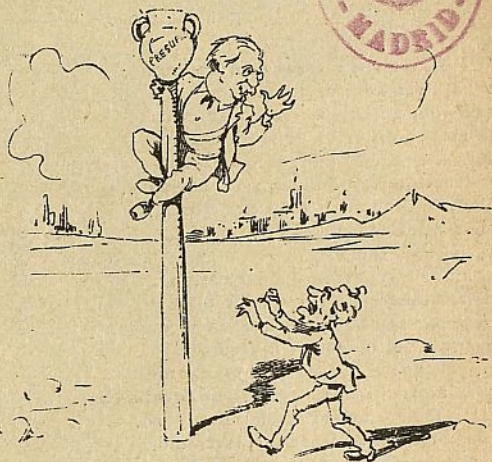
LEDA.

(Cuadro de Bouguereau.)

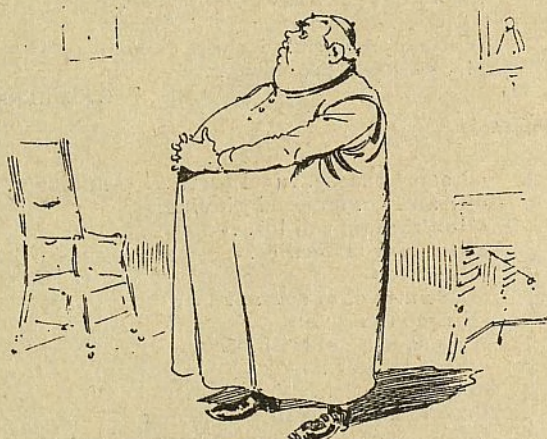
AYUNAR (VERBO FRECUENTE) POR CILLA.



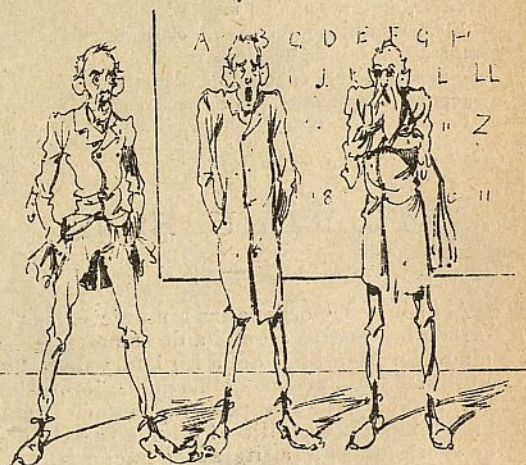
Yo ayuno.



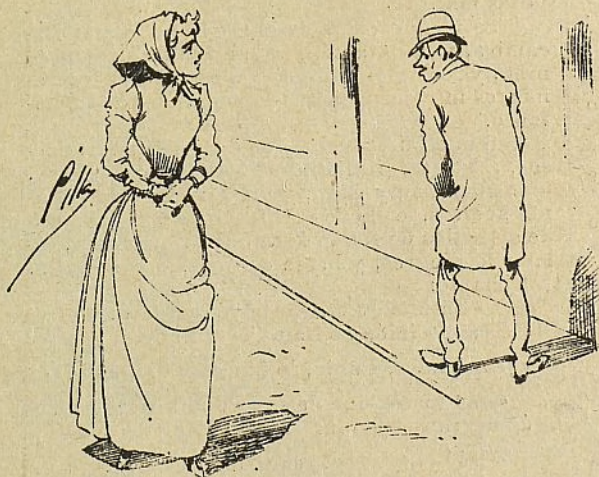
Tú ayunas.



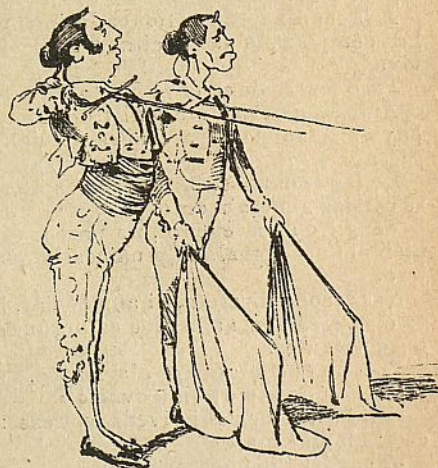
El... ¿ayuna?



Nosotros ayunamos.



Vosotros ayunais.



¡Estos no ayunan!

JUSTOS POR PECADORES

I.

—Si; me voy á casar mañana mismo,
y haré ver á ese necio
que pongo frente á frente á su cinismo
lo más acre y feroz de mi desprecio.
Mas... á tí te lo digo en confianza:
voy al altar como quien va al abismo...
¡Es el último adiós á mi esperanza!..
He sentido el trallazo de la injuria,
y, del todo sumisa
al afán de venganza que me asedia,
he cambiado el aspecto de la furia,
trayendo hasta mis labios esa risa
que sale del horror de la tragedia
Y, echando á puntapiés el entusiasmo,
que aún siento, á mi pesar, por aquel mozo,
como mujer que soy, yo finjo un gozo,
que nació de la ofensa y el sarcasmo.
¡Me juró tantas veces el infame
un amor, por la fiebre enloquecido,
que no debe extrañar el que le llame,
al besar, sin pasión, á mi marido!
Él no vendrá, porque lo dijo claro
con esa indiferencia del descaro
que da al hombre los tonos de la estatua;
y aunque es esta ilusión la de una fátua,

sigo adorando en él de tal manera,
que esto ya no es amor, sino quimera.
Pensé en el claustro al recibir la herida;
mas enterrarme en vida
me produce tal miedo,
que en el mundo me quedo
con ansias de mujer enloquecida.
Y como ese prosaico comerciante,
de su elección ufano,
me ofreció su fortuna con su mano,
y es siempre buen esposo el torpe amante,
me decidí, y mañana
voy al lecho nupcial de mala gana,
teniendo la certeza
(pues que todo ha cambiado
y ya tengo cansada la cabeza)
de dormir mucho por lo que he velado.
El lecho del amor para mí es potro.
Estoy rendida de lo que he soñado...
Pero... ¡si viene el otro!...

II.

¡Si tú vieras qué bueno es mi marido!..
Nada, chica, un cordero.
¿Que si le quiero? ¡Bah! ¡Sí que le quiero!
¡Ah!... y el otro... ¡ha venido!...

LUIS DE ANSORENA.

POLICIA URBANA.

Así como las ordenanzas municipales prescriben las reglas á que ha de someterse el vecindario, para bien de la higiene y de la tranquilidad y del decoro de las poblaciones, debería establecerse la policía, también urbana, para limpiar de polilla al idioma castellano, y de «poliglotas» á la literatura nacional.

Ya sé yo que esto no sería obra fácil; pero con constancia y buena voluntad se puede conseguir algo.

A la manía de citar textos latinos y griegos, ha reemplazado la de citar frases en lenguas vivas.

Pero frases de cajón.

Apenas se ve artículo ni libro en los que no haya alguna palabra francesa, italiana é inglesa.

De las alemanas, la cerveza es lo único que se conoce generalmente.

Venga ó no á cuento, no parece escritor de bién el que no bala alguna cosita en extranjero.

Ni persona discreta, ni aun de fiar, la que en su conversación nada dice en algún idioma de los corrientes.

Porque el contagio es alarmante.

«Si non é vero é ben trovato.»

«Elle a vecu ce qui vivent les roses: l' espèce d' un matin.»

«That ist the question.»

«The times ist money.»

«Steeple chase...» «el turff...» «handicap...»

«¡Gran Dio, morir si giovine!»

«Non ragionar di lor...»

«¿Qui rirá le dernier?»

«Pschutt.»

«Lasciate ogni speranza...»

«E pur si muove.»

Algo se usa del latín, pero poco.

«¿Tu quoque?...»

«Pallida mors...»

Pero lo más elegante es lo otro.

Como que revela cierta generalidad de conocimientos, superior á los de la muchedumbre literaria que escribe en un solo idioma y á veces mal.

Creo yo que entre colgar en un balcón una camisa, y aun la pelleja que usa en la cuna el niño, y rociar el idioma con esas gotas extrañas, es mayor suciedad lo segundo que lo primero.

Con una buena colección de palabras francesas, inglesas, italianas y alguna portuguesa, que suena muy bien, y unos versos castellanos sueltos, se puede «confeccionar» sinnúmero de artículos de fondo ó sin fondo, literarios, serios ú alegres, y hasta críticos, supongamos.

Ejemplo:

«En una de fregar cayó caldera,
Trasposición se llama esta figura.»

«¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?»

«Las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron.»

«Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fué... y no hubo nada.

«Granizo de sombreros
y diluvio de cachetes.»

«Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno...»

Alguno confunde la estrofa de Miguel de los Santos Alvarez con el pregón del vendedor ambulante de piedras para afilar navajas de afeitar, posterior al mencionado poeta, y añade algunos «buenos», beneficiando en longitud el verso.

«Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno, pero bueno, pero bueno, pero bueno.»

Otros autores prefieren citar el otro verso de la misma estrofa:

«Cantad en vuestra jaula, criaturas.»

Y se quedan tan frescos y satisfechos de su arranque filosófico por refracción, como aquel negro que, para apostrofar con dureza á un compañero, le llamaba «blanco.»

«¡A morir los caballeros!

Y las hembras á rezar.»

Desde que puso Zapata estos versos en boca de Lanuza hasta nuestros días, no se han repetido más que unos cuantos millones de veces.

Particularmente el primero:

«¡A morir los caballeros!»

Porque el segundo ya se presentía en esta forma, para corregir los atrevimientos de alguna mujer insolente:

«¡Las señoras á fregar!»

¿Cuántas veces habrán ustedes oído que «faltó á su patria el grande Osuna?»

Es decir que:

«Faltar pudo á su patria el grande Osuna...»

Lo que no encontrarán ustedes será muchos sujetos aficionados de literato, que conozcan ó conserven en la memoria los dos tercetos de este soneto famoso de Quevedo.

Generalmente los alguaciles literarios ó periodísticos, citan lo que pueden y á quien pueden, porque no conocen más de lo que citan.

Así, para ellos, la composición poética que deshojan termina allí donde ellos terminan sus conocimientos.

Con este repertorio instructivo y de recreo, puede ir un escritor á cualquiera parte, incluso á las Carolinas, á Ceuta ó á Fernando Póo.

En las citas de nombres extranjeros hay variedad extraordinaria.

Aún no ha llegado al alcance de todas las fortunas el conocimiento ortográfico suficiente para escribir el nombre de Shakespeare, por ejemplo, ó el de Schiller, y otros igualmente «difícultosos», como decía de los clásicos aquel chico á quien querían enseñar el latín unos misioneros.

Creo que pudiera establecerse un jurado especial para delitos de barbarie y necedad en la prensa y en el libro.

Y no digamos en el teatro, porque ya salen autores de tal especie y tan «robustamente ignorantes é imbéciles», que dentro de poco, parodiando á don Francisco, dirán las gentes: «Sólo hace piezas ya algún zapatero.»

El descuido de esos delitos suele llevar las repúblicas al precipicio.

No es menester citar á nadie para escribir como se pueda.

Sin embargo, no parece decoroso para un escritor que siente aspiraciones levantadas, confesar con noble franqueza:

«Yo ignoro el francés y el italiano, y el inglés, y con mayor razón otros varios idiomas; pero procuro hacer que me entiendan en castellano, y ya es obra difícil.»

Yo creo que con unos cuantos escarmientos bastaría para encauzar á los que tiran de las letras.

Siempre son lamentables las penalidades, pero hay que hacer algo ó estamos perdidos.

Aquí me presento como uno de tantos, y no sé si como uno de tontos.

Cumplase en mí la parte de pena que me corresponde.

Como quien dice:

«Cumplase la voluntad nacional.»

EDUARDO DE PALACIO.

BESOS

Pero ¿por qué te enfadas? Te figuras que es manchar tu pureza lo que intento, y no es así; que en la ocasión presente no hay nada terrenal en mi deseo.

Si quiero unir mis labios á tus labios y darte uno, nada más que un beso, es porque sé que sólo con besarte puedo hacerte saber lo que te quiero; que ya me canso de buscar palabras que puedan expresar mi pensamiento, sin hallarlas jamás, pues siempre queda escondido en el fondo del cerebro lo que decir no saben las palabras, lo que se dice sólo con los besos, que al alma donde llegan, van contando del alma que abandonan los misterios.

Y un beso no es pecado, no lo creas, aunque lo diga el padre misionero. Si en ellos el amor es un pecado,

¿qué saben ellos lo que son los besos?

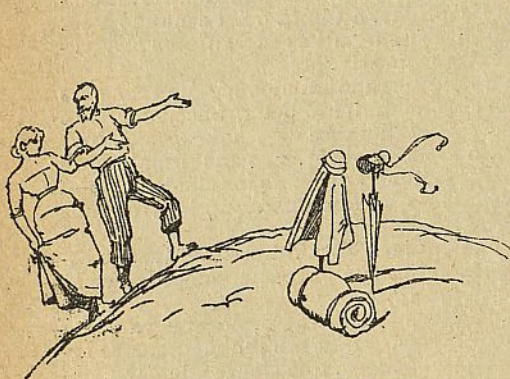
No te enfades, mi bien; quiero besarte porque sube á mis labios, de mi pecho, el amor, en ardientes oleadas, que se condensan y se vuelven besos, como la espuma del *Champagne* se eleva hasta el borde del vaso en que lo bebo; la espuma, si se deja, se derrama; lo mismo es el amor y yo no quiero dejarlo derramar, cuando tu puedes en tus labios de fresa recogerlo.

.....

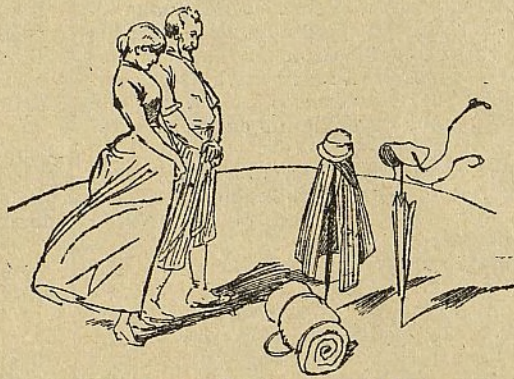
¿Dudas aún? ¿Por qué? Di: ¿qué te asusta? ¿Los furores del fuego del infierno? ¡Qué tontuna! Si así te condenaras, estabas condenada há mucho tiempo; tus ojos... ¡habladores! me lo han dicho, y ya sé que me besas en tus sueños.

EDUARDO GARCIA.

DEL CIELO A LA TIERRA.—CUENTO VIVO.—(Continuación.) POR APELES MESTRES



12 «Pero ¿es posible? ¡Ya volvemos á encontrarnos en el punto de partida!... ¿De cuándo acá se da la vuelta al mundo en una horita escasa?»



13 Si será esto, si será lo otro... nos engolfamos en un laberinto de hipótesis á cual más absurda...



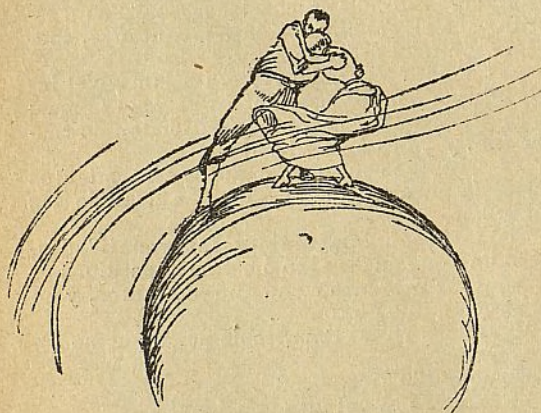
14 Cuando de repente me ocurrió una idea tan luminosa como espeluznante: «¡Oye, chica!—esclamé;—no hay que asustarse pero estamos perdidos.»



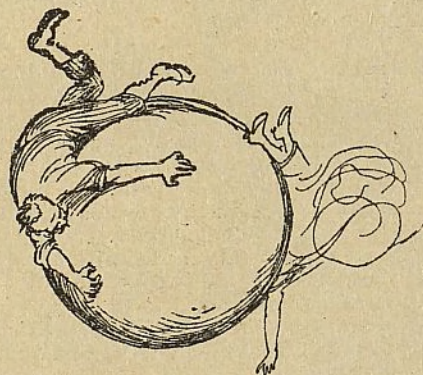
15 «A fuerza de rodar, la tierra se ha ido gastando; cuanto más disminuye de volumen, gira con más fuerza; cuanto mayor es la fuerza giratoria, el volumen de la tierra disminuye más rápidamente. ¿Estás?»



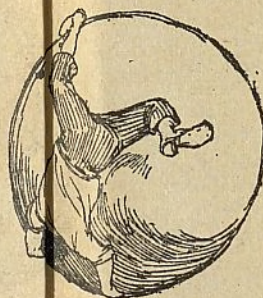
16 «¿Sientes como aumenta el calor? Es que el centro de la tierra se va acercando á la superficie... ¿Sientes como aumenta la revolución de aire? Es que la tierra gira cada vez más ligera...»



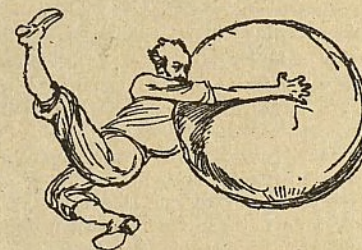
17 «Esto se hace ya insoportable. La tierra se va achicando á nuestra vista. Agárrate, hija, que estamos asistiendo á los últimos momentos de nuestro globo... ¡Qué va á ser de nosotros!»



18 «Ha llegado la ocasión de decir como en los melodramas: ¡ya no cabemos los dos en el mundo!»



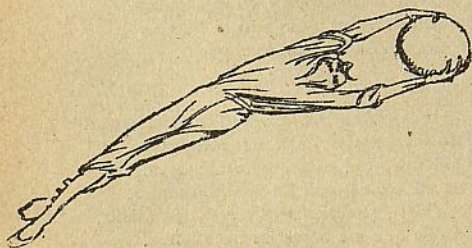
19 A duras penas, y aún bien agarrado con brazos y piernas, puedo sostenerme en él.



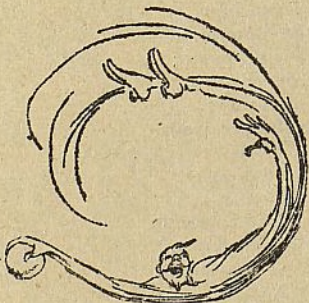
20 Esto se acaba... ¡Adios, piernas! Ya no puedo sujetar al mundo más que contra mi pecho!



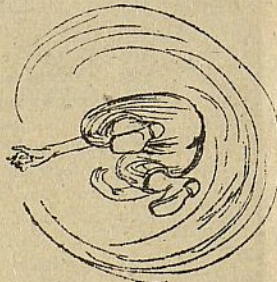
21 ¡El globo ya no es globo! Es escasamente una bola que se escapa de mis brazos.



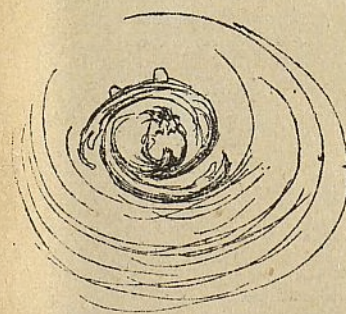
22 La bola se ha convertido en algo como un queso que coge perfectamente en mis manos...



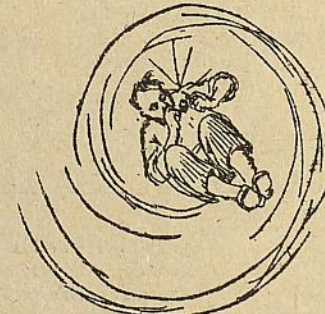
23 Y girando con mayor rapidez de segundo en segundo, el queso queda reducido á una pelota que sujeto enterita con una sola mano...



24 ¡Va no hay tal bola, ni queso, ni pelota! La tierra es ahora un punto que desapa-
rece entre mi pulgar y mi índice.



25 ¡El punto ha desaparecido ya! Pero ¡horror de los horrores! Su movimiento de rotación me ha sido transmitido á mí que continuo girando, condenado á acabar tan miserablemente como la tierra.



26 Pero una idea salvadora estalla en mi cerebro: enciendo la pipa y chupa que te chupa, y á tragar humo... y más humo...



27 hasta dar al traste con mi peso específico y sentir que empiezo á subir con la majestad de un globo aerostático.

(Se concluirá.)

EL RELOJ

(TRADUCCIÓN DEL CATALÁN)

Solo, velando en la amodorrada habitación, mientras silbaba en mis oídos el silencio de la noche, que parece como que se oye, y daba vueltas y más vueltas el enfermo en su lecho de agitada calentura, me ha sobrecorrido el reloj: *tic-tac!... tic-tac!*

—¡Ya está aquí!—me he dicho, sintiendo que la sangre se me helaba en las venas, y con los cabellos de punta.

Porque, realmente, aquel *tic-tac*, es para mí, desde hace tiempo, el alternado pisar de un misterioso é invisible compañero que no me deja nunca. El bullicio de la vida, el estruendo del mundo rodando, mi propio sé rebulliendo en su interior, ahogan el rumor de aquellos pasos. Pero, en cuanto me encuentro solo y rodeado de absoluto silencio... *tic-tac, tic-tac...* ¡ya está aquí!

La primera vez que lo oí, apenas llamó mi atención. Velaba también á un enfermo, como ahora; una patienta de cuarto ó quinto grado, á quien conocía hacia poco tiempo, y con la que sólo me ligaba ligero afecto de pocos días. La enfermedad no era, al parecer, grave, según opinión de los médicos. Al llegar á la casa, al entrar en el piso á última hora, hundiéndome en aquella atmósfera recalentada, irrespirable de donde hay un enfermo; casi á oscuras, todos de puntillas y con el dedo en los labios: *duerme... ahora duerme...* venía de un mundo lleno de luz y calor y bullicio, embriagado de ilusiones y perfumes, repleto hasta rebosar de la ardorosa savia de los diez y nueve años. El contraste me hirió; mi compañero de vela tardó poco en dormirse, y... al cabo de un rato... *tic-tac, tic-tac...* el reloj velaba.

Por primera vez su cantinela me sorprendió y me comunicó no sé que desazón inexplicable y negra.

Pero mis diez y nueve años triunfaron de todo.

Pasaron cortos instantes. A la compasada respiración de la enferma y á los intermitentes ronquidos de mi compañero, escribí versos, cartas, apuntes llenos de esperanzas y entusiasmo, llenos de los recuerdos de fuera, todo alegría y ventura. En vano el reloj, con cierta persistencia chinchosa, continuaba *tic-tac, tic-tac...* Hasta creo que alguna vez le miré sonriendo y moviendo la cabeza, como aquel que, encontrándose con un importuno, no sabe si pegarle ó encogerse de hombros.

La enferma murió al día siguiente y fué mi primer muerto. Esto no me dejó ya olvidar nunca más aquella voz.

Pasaron años, y al disponirme á velar otra vez, iba ya diciendo:—A ver si le oiré.

Poco después, cuando el enfermo, cansado de su larga y calenturienta conversación, bastante parecida al delirio, se adormeció... *tic-tac... tic-tac...* el huésped llegaba.

Era la misma su voz, era el mismo el compás, era el mismo el timbre... á mis oídos era el mismo reloj de la primera vela. Sólo yo había cambiado. Realmente, no escribí, no leí; nada me distraía. ¡Cuántas ilusiones que aquel *tic-tac* me recordaba se habían desvanecido! ¡Cuántos recuerdos de cosas que me halagaban entonces, me hacían ahora sonreír! ¡Qué raudal de lágrimas brotaba de mis ojos á la proximidad de la muerte! ¡Qué removerme y agitarme discutiendo entre mí todas las tristes consideraciones que se agolpaban en mi entendimiento! Un deseo vivísimo de luchar y vencer sacudía mis nervios en tensión y me hacía mover, escudriñar, ir, venir, abalanzándome á todas las tentativas, tirando hacia mí con una especie de rábia, toda esperanza. ¡Salvarlo! ¡Salvarlo á toda costa! ¿Y si se moría? ¡Qué negro, qué terrorífico y misero el cuadro de las consecuencias de aquella muerte! ¿Y por qué la muerte? ¿Por qué sufrir? ¿Por qué aquella serie de crueldades sin nombre, de inacabables angustias, de negras casualidades, que nos cogen, nos atropellan, nos martirizan, sin saber nunca el por qué, y sin otro delito que haber levantado la frente á la luz, el corazón á todas las aspiraciones...? En fin, me decía á mí mismo, delirando, todo lo que se han dicho los hombres, uno después de otro... Pero para mí todo aquello era nuevo y se me ocurría por primera vez... y el reloj... *tic-tac... tic-tac...*

Sentí un escalofrío; me comunicó una cierta desazón, casi dié odio; me pareció que con su imperturbable monotonía se burlaba de mis preguntas.

Y también esta vez, mi enfermo se me murió. Y desde entonces he seguido oyendo el *tic-tac* del reloj con rábia cada vez más concentrada, con terror cada día creciente. Y siempre él es el mismo del primer día que viene á sorprenderme y á perseguirme sin tregua, á mí á quien siempre encuentra cambiado, con menos fé, con menos fuerza, con menos quebraderos de cabeza. Cruzado de brazos, lo oigo ya hoy completamente conocedor de mi impotencia ante la muerte. Las lágrimas que se escurren por mi cara ya no son el abundante chaparrón que á lo menos desahogaba el pecho; son la supuración natural de una ancha llaga que se vuelve á abrir de tiempo en tiempo... Ya no pregunto; ya no me lamento; ya no quiero saber nada... El reloj... *tic-tac... tic-tac...* Lloro y le escucho.

He de oírlo, tal vez, en mi última noche y seguirá siendo el mismo de la primera, el compañero misterioso é invisible, cuyas pisadas ahoga el estruendo de la vida, pero que acude puntual á la hora.

He de oírlo ya muerto...

Y si no lo oigo, no será porque se pare. En la misma fosa rodará su engranaje sin fin... *tic-tac, tic-tac...* sin pararse nunca.

J. IXART.

EN LA CENA DE LA DUQUESA DE M...

La luz esparce sus rayos de oro,
rico damasco cubre la mesa,
y el Rihn y el Málaga bullen hirvientes
en azuladas copas bohemias.
Blancos jazmines llenan los búcaros,
geranio y nardo los festonean,

y las figuras de los tapices
presiden mudas tu alegre cena.
Las mandarinas se envuelven púdicas
en sus cendales de blanca seda;
muestran los dátiles su estuche de ámbar,
brillan los plátanos y las cerezas,

y los manjares llevan perfumes
de clavellinas y violetas.
Los áureos cuencos dignos de Chipre,
los dulces vinos dignos de Grecia,
la miel ardiente de árabe suelo,
los platos de oro dignos de César,
los cien fruteros de ópalo y plata

donde se apiña la roja fresa,
nunca tuvieron competidores
como los daban, con tu presencia,
tu blanco busto lleno de rosas,
tu cuello hermoso lleno de perlas,
y los brillantes que, entre las plumas,
sacaban chispas de tu cabeza.

CÁRLOS OSSORIO Y GALLARDO.

CONCHAS Y PERLAS

I.

El sol se hundía en su ocaso
entre nubes de oro y grana;
tocó mi barco en la arena
y salté á la hermosa playa.

Pensativa, recogiendo
conchas en la airosa falda,
con los blancos piés descalzos
sobre la arena mojada,
la encontré hermosa esperándome,
alegre, risueña y cándida.

Al verme vino saltando
como una gacela blanca,
con las trenzas de oro sueltas
flotando sobre la espalda
despidiendo de sus ojos

azules, brillantes llamas;
y mostrándome las conchas
en su delantal de lana:
Son perlas, me dijo, mira;
¡son para tí, como mi alma!...

II.

Abrí el portier de damasco
y entré en la elegante cámara.
Envuelta en bata finísima
de seda azul, recamada
con hilos de oro y adornos
de encajes y blondas blancas;
recostada en un diván
de terciopelo de grana,
la cabeza soñadora,
tendido el pelo á la espalda,
parecía recordar

su hermosura, entre sus galas,
el sol, el cielo y las nubes
de aquel día de la playa.

—¿A que no sabes—la dije—
lo que traigo en esta caja?
—¿Qué traes? dílo pronto...
—Perlas.

—¡Perlas! dijo emocionada
y vi sus ojos azules
brillar con rojizas llamas...
Después... dejó caer las manos
y la cajita en la falda;
tendió hácia atrás la cabeza
y dijo, mientras vagaban
el desencanto en sus lábios
y en el aire sus miradas:
—¡Ay! creí que eran perlas...
y son conchas de la playa!

MARCIAL DE LOS RÍOS.

VISTAS DE MADRID

LOS PERROS DE CONSUMOS

Rodeando la población al rás del suburbio,
irguiéndose de trecho en trecho en medio del
campo ó al borde de la carretera, álzanse los
cajones grises, sombríos, de los guardas de
consumos, encargados de la vigilancia del pe-
rímetro de la capital.

Con frecuencia parecen estar desiertos los
cajones; sobre todode día, hállase sola la puer-
ta de la garita y el guardia duerme adentro
tranquilamente, resarciéndose de las noches,
que pasa en vela acechando á los matuteros,
carabina en ristre. Sin embargo, la garita no
está abandonada; durmiendo con un ojo abier-
to, hecho una rosca, atento á quien pasa sin
levantar la cabeza, encuéntrese ante la entra-
da un flaco perrillo, de no muy bella estam-
pa, de casta indefinible, pero listo, avispado,
pronto, un verdadero can del arroyo, truhanes-
co y ladino, que no se mete con nadie ni se in-
corpora, por más que no deja de atisbar con el
ojo que no cierra, y que en cuanto escucha el
trotar menudo de los caballitos de los matute-
ros, se levanta de un brinco, como despedido de
la tierra, aguzadas las orejas y la mirada cen-
tellante, y sin separarse del cajón rompe á la-
drar con estruendo para despertar al amo.

Si se pregunta al guarda de donde le vino

su perrillo, probablemente no sabrá responder
con exactitud. Quizá le fué regalado por un
compañero, de cachorro, pero la mayoría echan
trás el vigilante un día en que se encontraron
en cualquier camino, el hombre de buen hu-
mor y el can con hambre y dispuesto á seguir
al primer transeunte con quien se topase. El
perrillo de consumos es sobrio, pocotragón, hu-
milde, incapaz de acometer á nadie; su arma
formidable está en su voz, en su ladrido; entre
ellos figura algun dogo bravo, pero la genera-
lidad son mansos perdigueros. Pero su espio-
naje no se acomete sin graves riesgos; el ma-
tutero odia con mayor furia al can del guarda
que al guarda mismo, porque el guarda es sus-
ceptible de ser sorprendido, mientras el diantre
del perro, aún descansando, ventea y descubre
al contrabandista en cuanto le dá su rastro en
la nariz. Con frecuencia, pues, el perdiguero
saca un balazo en el cuerpo en las contiendas
intestinas entre vigilantes y defraudadores.

El perrillo de consumos no figura en el cuer-
po de guardas, á pesar de los servicios que presta;
su sostenimiento corre á cargo de su amo,
pero el municipio, que tiene en el pobre animal
su defensor más asiduo y más fiel, no le consa-
gra un recuerdo ni un pedazo de cabeza de car-
nero con que recompensar su lealtad. El perrillo
del guarda no deja de ser vagabundo; come lo
que su dueño, sus sobras, y en cuanto puede se
larga á rebuscar, en el montón de ba-

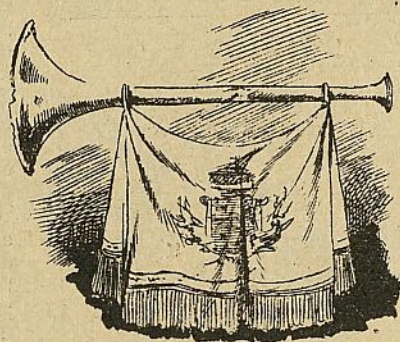
EN EL HAREM, POR MELITÓN GONZALEZ.



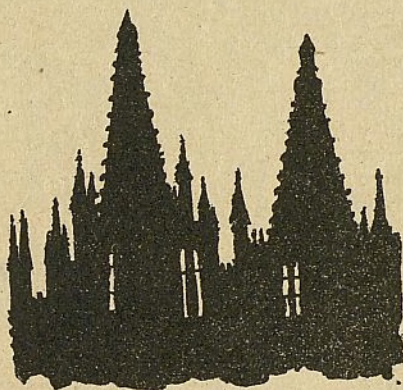
UN ELIJAN.

Ayuntamiento de Madrid

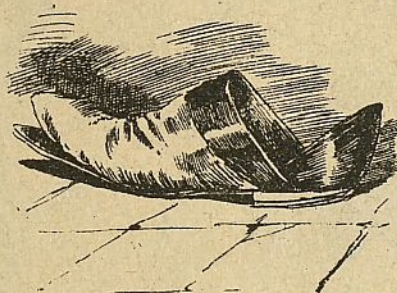
NUESTROS ESCRITORES, POR «MECACHIS.»



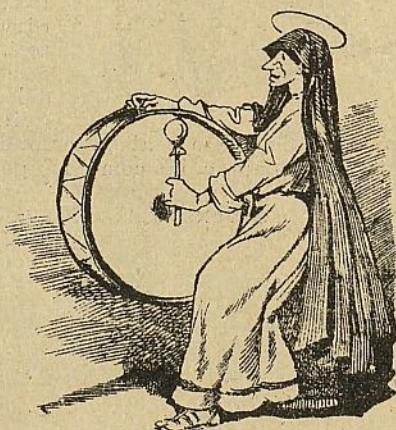
CLARIN.



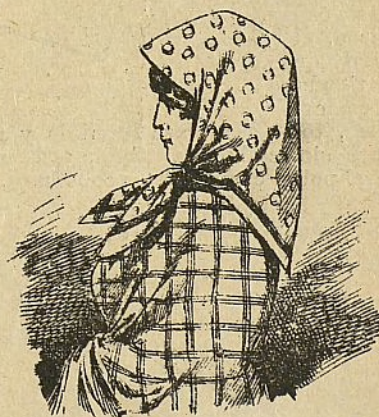
BURGOS.



ZAPATA.



SANTA ANA.



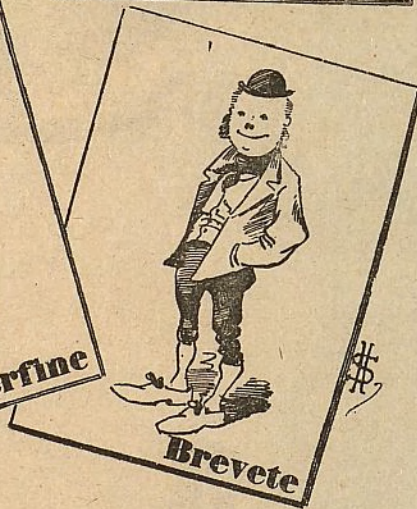
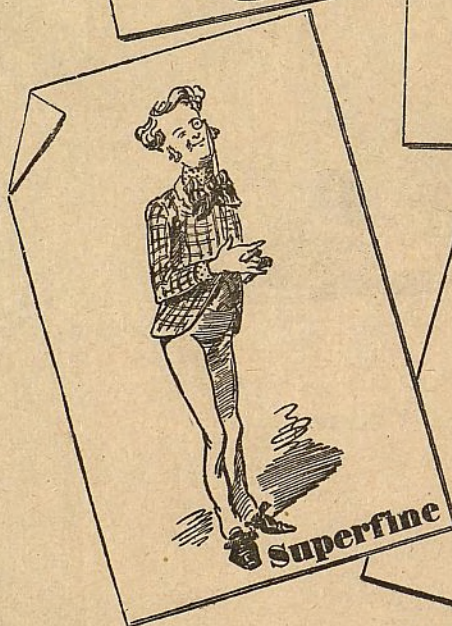
ZORRILLA.

sura más próximo, piltrafas y huesos; es una extraña servidumbre la suya; obedece pero no se sujeta; atiende al mandato del vigilante, le sigue, le acata, pero necesita revolcarse libremente en el polvo del camino y echar por el campo su correría.

El can de consumos es un sér aislado y perdido, condenado á la soledad esclavo de su cajón gris; sus demás compañeros de desgracia viven en el bullicio de la población, se ven, se encuentran, se saludan, se huelen, se comunican sus impresiones, se aman; el perro de las porterías, el perro del ciego, el perro acrobata callejero, el perro de la tienda de comestibles, toda esa clase humilde y artesana de canes sin collar de níquel, son más felices que el pobre camarada de consumos, que jamás

se comunica con nadie de su especie, como no sea con algún otro compinche de la garita de al lado.

LOS CUATRO PRIMEROS FABRICANTES DEL MUNDO, POR H. S.



Muchos no conocen Madrid; para ellos acaba el mundo en los lavaderos; otros han entrado en la capital, pero la han atravesado sin detenerse. ¡Siempre la ronda señera y seca, abrasada en el estío y glacial el invierno! ¡Pobre perillito del guarda de consumos, lleno de abnegación no apreciada, enclenque, malcomido, en perpetua centinela, sin una pensioncita que asegure su vejez en premio á tus merecimientos!... ¡Pobre can del cajón gris, de

orejas puntiagudas, flaco y rabón, terror de los matuteros, no comprendido como los genios, ¡yo te saludo!...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

CHIRIGOTAS



Solución al jeroglífico del número pasado.

CAMPOAMOR, RUEDA PALACIO,
PEREDA Y AZA Y PICÓN
SON, LOS SEIS, HOMBRES DE LE-
[TRAS,

Y Á CUAL MÁS BUEN ESCRITOR.

Han remitido la solución exacta quince caballeros.
Y una señora (c. p. b.)

Con motivo del Centenario de Colón, se trata de celebrar en Barcelona un Certámen de belleza.

Certámen que, ó mucho me engaño, ó—dicho sea en honor de la belleza de mis paisanas—ha dejar tamaños á los de Spa, Berlín, París y Chicago.

Es de suponer que el Jurado de este Certámen—que se compondrá como es natural, de individuos del sexo feo—tendrán representación hombres de todos los colores: desde el viejo *verde* hasta el joven *lila*.

Y que se darán á las *agraciadas* dos ó tres premios. O cuatro, ó cinco... Pero no más.

Porque, pensando cristianamente, es de creer que los organizadores del certámen no querrán llegar al sexto.

Sí, como se asegura, se realiza la idea, ¡qué hermosa Exposición la de bellezas!

¡Y que curioso será ver al lado de ellas el consabido rotulito de todas las Exposiciones: «Se prohíbe tocar los objetos»!

—¿Irás tu á ver el Certámen?

—Sí guarda relación con el hecho que se trata de conmemorar... sí; iré.

—¿Cómo?

—No hay que olvidar que se trata de conmemorar un descubrimiento: el de América. Por lo tanto, es natural que las bellezas que concurren á la Exposición... descubran algo!

Damos las gracias á los artistas—algunos de ellos reputadísimos—que, indignados ante lo que tiene de anómalo y de injusto nuestra denuncia, se nos han ofrecido en lo que valgan—y valen mucho—para sostener una campaña en pró de la libertad artística, á que indebidamente ha atestado el señor fiscal.

Ya lo dijimos en el número pasado: no por prurito de oposición á la autoridad, no por afán de escándalo, sino como defensa de un derecho que firmemente creemos tener, publicamos y publicaremos siempre que lo tengamos por conveniente, láminas como la denunciada.

¿Qué nos las denuncian? Bueno.

Si se tratara de una cuestión intrincada de Derecho; si se tratara de algo que por un momento pudiera hacernos dudar de la razón que nos asiste, nada diríamos; dudaríamos entonces, y en la duda, nos absteríamos de todo comentario.

Pero se trata de una cuestión de sentido común. Y el sentido común nos dice lo que nos han dicho perso-

nas versadísimas en Derecho; lo que dirían quizás los mismos que han denunciado á LA SEMANA CÓMICA si conveniencias del momento no les mandaran proceder de otra manera: que nuestra denuncia no tiene razón de ser.

Por cierto que, ó mucho me engaño, ó con eso de la denuncia de LA SEMANA CÓMICA se ha metido el señor fiscal en un berengenal bueno, pero bueno.

Porque entre los artistas citados hay algunos, autores de pinturas y esculturas conocidísimas y celebradísimas; pinturas y esculturas en las cuales figuran desnudos.

Y estos, como los demás artistas, me han ofrecido sus obras para que las reproduzca, si gusto.

Y yo gusto... y pienso reproducirlas.

Y, ó no hay justicia en el mundo; ó la palabra *ley* ha llegado aquí á ser un vocablo sin sentido, ó nos denunciarán estos grabados como nos han denunciado el del número antepasado, como probablemente nos denunciarán el de éste.

Y se va á dar el caso curiosísimo de que dibujantes, pintores y escultores hasta hoy respetados por todo el mundo, comparezcan ante el Juzgado á responder de la *inmoralidad* (!) de sus obras; de obras que hace años son populares en toda España.

¡Válgate Dios, y á qué extremo conduce á las autoridades el exceso de celo en el cumplimiento de su deber!

Para acabar.

El Señor Gobernador, ó quien sea el autor de la denuncia de LA SEMANA CÓMICA, ha dicho, por lo visto; ENVÍDO. Y lo ha cumplido.

Lo cual demuestra que LA SEMANA CÓMICA debió decir antes (y si no lo dijo, va á decirlo ahora).. dice... JUEGO.

Y lo cumplirá.

Cuando en Sans, en Gracia, en San Martín ó en cualquiera de los pueblos que circundan la capital se les ocurra á Vds tomar una tostada, no entren en ningún café.

Vénganse á Barcelona.

Porque en esos pueblos que he citado dan, en los cafés, tostadas muy pequeñas.

Y en Barcelona no.

En Barcelona... se dan mayores.

Parece que por ahora seguirá al frente del gobierno Civil de esta provincia el señor Gonzalez Solesio.

Y se me ocurre una cosa.

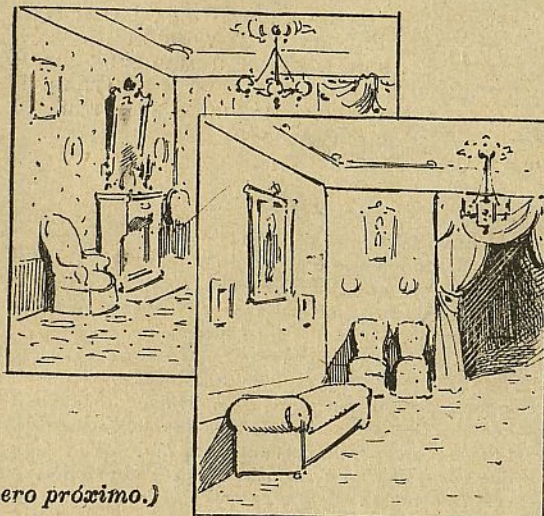
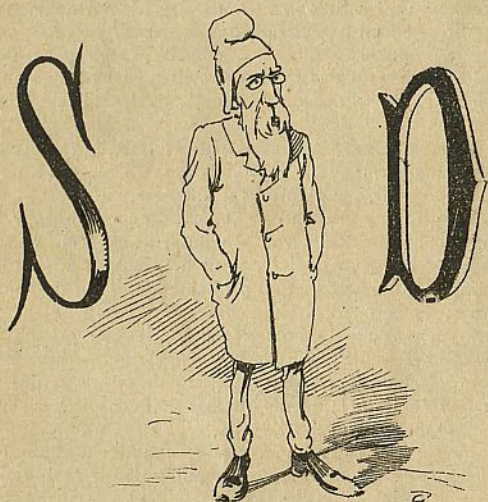
Que esta noticia causará tristeza en algunos puntos. Y en otros puntos... en otros puntos causará alegría

Se continuará.



Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.

NINICUINI : BUEN I V I I V U U I N



(La solución en el número próximo.)

* ANUNCIOS *

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BARCELONA

— D. JUAN TASSO —
Kiosco de la Rambla, frente a la calle Hospital

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ
Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN VALENCIA

D. Julián Peris Mencheta
Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL
Encarnación, 4

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la República Mexicana

D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Sto. Domingo, 12
MÉXICO

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la Isla de Cuba

Sra. Vda. de Pozo é Hijo
Obispo, 55 — HABANA

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN GUATEMALA

D. ANTONIO PARTEGÁS
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN CARACAS

D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, 4

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN VALLADOLID

D. CELESTINO GONZALEZ
Kiosco de la Plaza, frente al Gran Bazar

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN PARIS

Madame Lemaitre
Kiosque 34.—Boulevard des Italiens

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BURDEOS

Mr. Marcelin Lacoste
Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA

Periódico literario, festivo, ilustrado
Colaboran en él los mejores literatos y los más
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. Trimestre. 1'50 ptas.
Fuera. Semestre. 5

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de la Universidad, 5, 4.º 2.º
BARCELONA.

Despacho todos los días laborables de 2 a 4 tarde